

por JORGELINA LOUBET



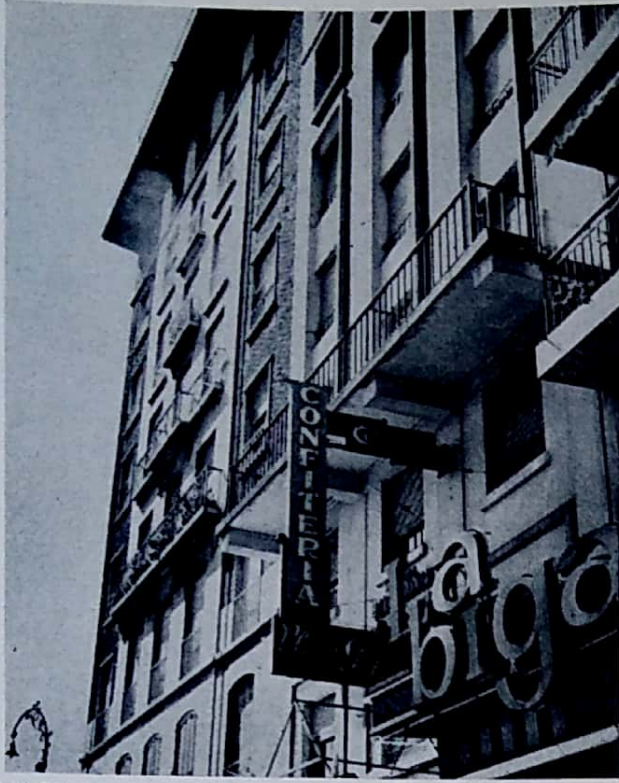
Lydia Márquez

París en Buenos Aires

“Te veré una noche por Corrientes, esquina Rivoli”

MARIA ELENA WALSH

Falta desde luego en Buenos Aires esa cinta rápida de agua —el más estupendo de los móviles— que atraviesa a París y lo refleja trizado en mil espejos inestables. Nuestro gran río de sueñera y de barro, untuoso, pesado, no habla al contemplador de viajes ligeros e íntimos, sino de partidas y llegadas que sacuden toda una vida; tampoco le acerca márgenes donde la historia, domesticada, se vuelve presente, y lo cotidiano asciende a poesía: le opondrá, en cambio, el trazo grueso de su única orilla que es también límite, con eso de inexorable y definitivo que encierran los límites.



Schiaffino, esquina Libertador

Si hemos de saborear a París en Buenos Aires, pues, empezaremos por volver la espalda al mar dulce que, sin embargo, sigue hechizándonos: hemos crecido con ese león al lado y nuestras manos —tantas veces— retuvieron su limo, sin agravio, antes bien, como recuerdo de caricia.



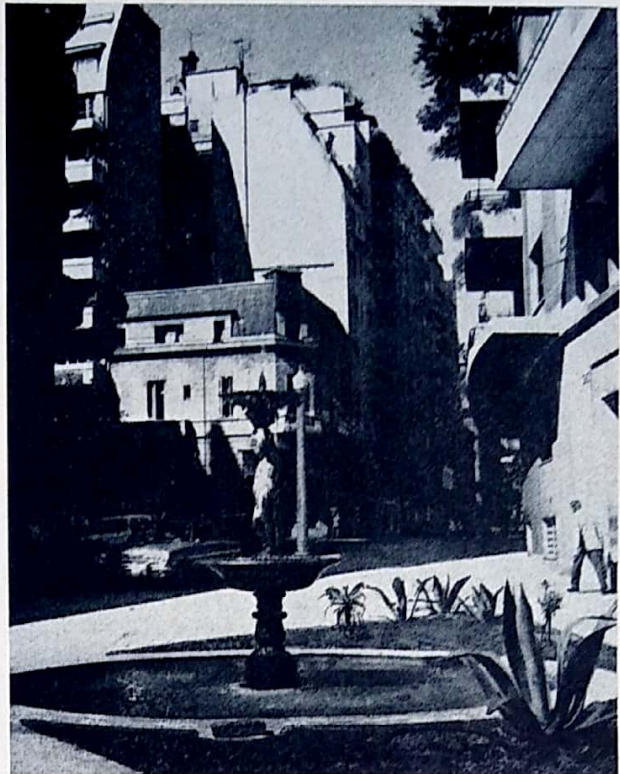
París en Buenos Aires

Porque Buenos Aires abandonaba su adolescencia en el momento en que se imponía el movimiento arquitectónico francés de los siglos XVIII y XIX, nuestros ojos enhebran un diálogo fluido entre estas casas del Barrio Norte, pulcras y elegantes, con aquéllas —levantadas primero en el Faubourg Saint-Germain y, más tarde, un poco en todos lados a lo largo de las avenidas **haussmanianas**— de anchos portales que se abrían sobre "patios de honor" detrás de los cuales se divisaban jardines, hoy en parte sacrificados. Buenos Aires conserva, en este barrio, umbrosos corazones de manzana nacidos así, a continuación de un patio principal y como contraparte de la fachada que comienza en la vereda misma. Hijas menores de aquellos hoteles, esas casas porteñas —individuales o de departamentos— adelantan un frente cuyo adorno se reduce a hendiduras, rectas o en arcos, que destacan chatos volúmenes, a balcones en cuyo antepecho se organiza el dibujo del hierro negro que divide por dos la fantasía de su arabesco aceptándose simétrico y, finalmente, se cubren a menudo con techo de pizarra gris, suntuoso el material, medido el color. Aquí, la avenida Santa Fe, elegante y alegre, moteada de puestos apretados de flores y follaje, **devolviéndose de vereda a vereda sus escaparates**, alcanza, junto con las proximidades de la plaza San Martín y el contorno de ésta, un sorprendente grado de acercamiento a muchos puntos del octavo **arrondissement** de París, mientras ciertos ángulos, que tamizan a través de los árboles el edificio Cavanagh y construcciones vecinas, nos ubican precisamente en un rincón parisiense pero traducido; aquél donde se inicia el Central Park, en el cruce de la Quinta Avenida con la calle 59, en la ciudad de Nueva York.

Introduzcámonos decididamente en el **ghetto** de la alta burguesía porteña y sus adeptos, al norte de la avenida Santa Fe: crearemos merodear por los alrededores del Parc Monceau cuando nuestra mirada repose en la calle Arroyo, en la avenida Alvear. Nos llegaremos enseguida hasta esa maravilla de verdura que es la plaza Vicente López; una vez más estaremos tentados de coronarla reina de las plazas porteñas, título de campanillas porque, si bien Buenos Aires ha perdido la tersura de su asfalto limpio y sin baches de muchos años atrás, conserva, acrecentado, el esplendor de las plazas, que no tienen su paralelo en París, donde el espacio verde rara vez se ciñe a cánones modestos: o se dilata bajo forma de parques o de jardines, o estira perspectivas rectangulares para presentar un edificio.

Hacia el noroeste de la avenida Callao, las avenidas Quintana, Alvear, Figueroa Alcorta, Libertador General San Martín y las calles transversales recortan plazas que cambian de nombre y se suceden como prefiguración de los Jardines de Palermo, nuestro Bois de Boulogne. Precisamente por acá, aunque en escala muy reducida, podremos evocar a Passy, el sector más ágil y cambiante del décimosexto **arrondissement** parisiense. Comenzaremos deambulando por los alrededores del cementerio de la Recoleta y del monumento al General Alvear, esa magnífica obra de Bourdelle que levanta un homenaje sin más énfasis que la dignidad y la justa relación de sus partes y aprovechando el realce ofrecido por los desniveles de las calles que lo rodean. Pero demorémonos en el recuadro de las avenidas Las Heras, Pueyrredón, del Libertador y la calle Austria; en París, estas manzanas hubieran recibido el bautismo de un nombre cuya primera sílaba sería ciertamente Mont: ahí están, para corroborarlo, varias escalinatas que comunican distintas vías: la de la calle Guido y la de Arjonilla sobre la calle Agüero, la de Copérnico que baja a la calle Galileo, y la de Guido sobre la calle Doctor Luis M. Agote; y también está, finalmente, el camino de asfalto, continuación de la calle Gelly y Obes que enlaza con la avenida del Libertador al deslizarse a través de la plaza Mitre. Ahí las calles confluyen en el centro de una estrella, dibujo parisiense no común en nuestra ciudad que nació a partir del clásico damero originario de tantas ciudades españolas.

Subamos ahora las gradas del monumento al General Mitre. Al lanzar nuestra mirada hacia el Río de la Plata, planeará ella por encima de la plaza, instalará en la siguiente, Justo José de Urquiza —donde brilla un rectángulo de agua— las fuentes de los Jardines del Trocadero y verá finalmente la torre Eiffel en la plaza de las Naciones Unidas después de cruzar el Quai de Branly-Avenida Figueroa Alcorta. Tantas veces, en París, hemos ido a arriar el sol durante un crepúsculo que se representaba frente a nosotros, acodados sobre la barandilla de la terraza del Palais Chaillot, como, en Buenos Aires, nos perdíamos desde la plaza Mitre en la contemplación de ese verdor que otro sol —y quizá el mismo sol, sin embargo— exaltaba en el mediodía porteño: porque cada paisaje tiene la hora ideal para ser contemplado, y esa de nuestra ciudad, para el lugar que estoy eligiendo, tan distintas de aquella hora parisiense en el Champ de Mars resulta, extrañamente, la misma en algunas épocas del año, partiendo de una temporalidad menos relativa que aquella forzada por la geografía.



Esmeralda y Juncal



Coexiste con el París de belleza inocultable —la gentil proporción, a la medida del hombre, de los elementos que lo conforman, las armoniosas perspectivas, el lujo sobrio y la elegancia de algunas calles— un París menos asequible pero dulcemente expresivo: es el París que perseguimos incansables porque nos asalta la sospecha de que sólo a partir de él nos serán dadas las claves de París entero. Tal vez esto sea igualmente cierto con respecto a las grandes ciudades del mundo; creo, en todo caso, que también lo es con respecto a Buenos Aires. Para esta aventura de descubrimiento no valen brújulas, sino intuiciones. Caminemos entonces Buenos Aires, no en estado de ri-

miendo estos albañiles y el pescado que riega con sidra de Normandía el obrero empolvado en cal, al pie de la grúa color mostaza, en el Boulevard Raspail. Estos ancianos arracimados sobre un banco doble, que disfrutan de un sol escurridizo en el ángulo del Boulevard St-Germain y rue de Seine —las mujeres con redondos rodetes minúsculos que retienen difícilmente frágiles hebras de seda, los hombres tocados con boinas o gorras— son los mismos que constituyen peñas en todos los barrios de Buenos Aires, cuando el tiempo ya no importa porque la vida ha quedado atrás. Y los alegres grupos de chicas y muchachos que ríen en las vecindades de la plaza de Flores y



Jardines de Palermo, nuestro Bois de Boulogne

gida alerta, sino vagamente ensoñadores, porosos y demorados, porque ahora nos dejaremos invadir por esencias que tal vez elijan el soporte de un violín poco eufónico, en la escalera por la que íbamos a tomar el subterráneo en la estación Florida, para insinuarnos misteriosamente algún pasillo de la línea Porte d'Orleans— Porte de Clignancourt donde resuena una armónica entre una mano casi inmóvil y otra que corre y se agita en un batir de ala: la misma tristeza se cuela por aquella canción parisiense y esta milonga, el mismo remordimiento hace ruido de céntimos y de pesos en la misma lata. Qué abismo, en cambio, entre el asadito acompañado de vino tinto que están co-

por la calle Rivadavia son aquellos, sí, que recorren el Boul'Mich o el Boulevard Montparnasse donde Balzac vigila, sostenido por Rodín. ¿Y acaso no se aque-rencia por el barrio de Boedo esa naturalidad sencilla de Ménilmontant?

Como la pelota de tenis que hemos elaborado durante el partido final de ese deslumbrante film de Antonioni que se llama **Blow-up**, y que picaba en un lado y en otro de la cancha, así salta de Buenos Aires a París y regresa para volver a partir y retornar incansablemente nuestra nostalgia diversificada que reúne, en una sola trama, lejanas raíces y hojas actuales.